

Compostela

QUIEN una vez se acercó a Santiago de Compostela, no pudo sustraerse al irresistible encanto de su magnífica y solemne arquitectura. Al penetrar por nuestras antiguas calles, al respirar el sacro ambiente de la ciudad apostólica, siente el viajero como apresado su espíritu entre las seculares piedras que se yerguen señeras en variadísimas actitudes y formas; pero no es fatigante opresión lo que le domina, sino grave recogimiento, honda y pura emoción, admirativo pasmo.

Todos cuantos, peregrinos de la Fe, del Arte o del mero Turismo, llegan aquí atraídos por la estrella que desde hace tantos siglos fulgura sobre nuestra urbe, póstranse maravillados ante la grandeza de Compostela. La Historia, la tradición y la leyenda tejieron a porfía en su frente rica diadema e hicieronla gloriosa rival de Jerusalén y Roma. Fueron sus rúas estrecho cauce para los caudalosos ríos de variadísimas gentes que todas las razas y todos los pueblos le enviaron desde edades remotas: las naves de su Basilica escucharon mil y mil veces, a fervorosas multitudes, himnos y plegarias palpitantes de ansiedad, de esperanza o de reconocimiento, entonados en todas las lenguas.

¿Qué podrá decirse para celebrar la importancia artística de Sant-Iago que no se haya dicho ya por alguno de sus innumerables visitantes? ¿Dónde encontrar la frase ponderativa que no haya brotado aun del corazón y de los labios de sus panegiristas.....?

*
* *

Dió vida a Compostela un sepulcro, y en torno de él brotó la granítica urbe, plena de magnificencias y mansión adecuada cual ninguna para servir de manantial de poéticas leyendas. Las muchedumbres de peregrinos que, cual pacíficos ejércitos invasores, inundaban a la continua con el rumor de sus cantos, de sus voces y de sus pasos las calles compostelanas, aportaban incesantemente con su fervorosa fe las ideas, doctrinas, tendencias literarias y artísticas que en el resto de Europa dominaban, y esas manifestaciones de cultura recogíalas Sant-Iago, no a la manera de vaso inerte que se limita a encerrar el licor en él vertido sin modificarlo en lo más mínimo, sino a modo de enrojecido crisol que funde y altera, combinándolos y transformándolos, los elementos en él depositados. Así fué Compostela durante siglos pulmón y corazón del mundo civilizado, que recibía de éste torrentes de viva sangre, devolviéndola luego, en potentes palpitaciones, más rica, más generosa y más pura.

*
* *

Y así fué también magnífico escenario donde la Historia desarrolló algunos de sus más interesantes dramas. Vió nuestro pueblo surgir el municipio con sus fueros y sus libertades; contempló la lucha secular entre sus Prelados, señores en lo espiritual y en lo temporal, y los burgueses ansiosos de sacudir un yugo que juzgaban incompatible con su dignidad de ciudadanos; miró alzarse en su seno soberbios edificios que atestiguaban el poder y riqueza de las órdenes religiosas, y que mostraron también en su decadencia o cambio de destino el ocaso de aquel poderío y riqueza; admiró las gestas de Gelmirez (el Arzobispo más grande y *más nuestro* que ocupó la compostelana sede) y la magnificencia de los Fonseca, de Monroy, de Rajoy Losada.....; indignóse y sintió el latigazo de la ira ante las bárbaras venganzas del Prelado francés D. Berenguel y las demasías y estériles luchas de los señores feudales; escuchó, deleitado, los acentos plenos de poesía, ya ingenua, ya apasionada, ora conceptuosa, ora picaresca, desvergonzada a veces, de sus trovadores; fué en ocasiones clave y directriz de los destinos de la Península.....

Las ciencias, de antiguo cultivadas en Sant-Iago, encontraron también de antiguo distintos asilos, generalmente religiosos—catedrales, conventos—, donde recogerse para fructificar calladamente y con sosiego. Beneméritos patricios, cuya obra fué coronada y perfeccionada por la sabia magnificencia del tercero de los Fonseca, hicieron a éste dotar a Compostela de un supremo centro de actividad científica, el más alto laboratorio de cultura: de la Universidad gallega, fecunda engendradora de valores intelectuales, rica hoy de un glorioso pasado y plena de vementes ansias y fervorosos deseos que la presagian un porvenir todavía más glorioso.

*
*
*

El agosto relicario donde se tejieron y tejen los hilos de la historia compostelana, es potente imán que atrae las miradas y los corazones de cuantos rinden culto a la belleza. Quienes logran contemplarlo de cerca, no sólo con los ojos del espíritu, sino con los de la carne, estímanse venturosos y dan por bien empleadas las fatigas y contrariedades que el más largo y penoso de los viajes puede ocasionar.

Rica muestra de las más preciadas piezas de ese relicario, de ese grandioso Museo de Arte (en especial del románico, que tiene en Compostela su más elevada consagración), puede ver el curioso en el espléndido album que prologan estas breves líneas. Sólo el arte exquisito de Luis Ksado ha podido *sorprender* con tal acierto, con tal justeza y maravillosa perfección, el conjunto y los detalles de los más admirables monumentos compostelanos. Y digo *sorprender*, porque no es la piedra algo tan inerte y sin alma, que sea de todo punto indiferente el instante que el fotógrafo elija para apresarla en su placa. No; el aspecto de las cosas inanimadas varía enormemente según el tiempo y el lugar en que las contemplamos. La luz les da una vida que es preciso *captar* en su momento más intensamente bello, más impresionante y, al mismo tiempo, más veraz.

He ahí el secreto del arte fotográfico, secreto que Luis Ksado posee como pocos y que le permite presentar con sorprendente y bella originalidad mil nuevos

aspectos de las riquezas artísticas que encierra Sant-Iago. Aún aquellos monumentos reproducidos innúmeras veces por la fotografía, diseñanse en el arte de Ksado con tales apariencias—iba a decir actitudes—que se nos antoja al verlos que es la primera vez que los contemplamos en imagen.

Las hojas de este magnífico album renovarán en quienes hayan visto a Compostela los inefables goces e impresiones que esa vista les haya producido; despertarán en quienes no tuvieron tal dicha, vivas ansias de conocer nuestra ciudad, y serán para todos, aún para aquellos que tenemos constantemente ante nuestros ojos el tesoro artístico de la ciudad del Apóstol, libro de diaria contemplación, que, al recrearnos con sus lindísimas imágenes, nos hará desear al propio tiempo, con fervoroso deseo, la continuación de la admirable y patriótica labor, tan brillantemente iniciada por Ksado.

SALVADOR CABEZA DE LEÓN.